

## EUROPA Y AFRICA: JUICIOS FEDERALISTAS

**A**AMPLIAS meditaciones requieren numerosos problemas de Europa. Ahora bien, no es aquí el lugar de inquirirlos y de excogitarlos. Reflexiones harto interesadas acentúan la angustiosa contestación de la limitación de medios de nuestro Continente. Acaso se ofrezca, como consoladora perspectiva, la urgencia de entroncar el balance europeo al acervo africano. Esta gran lección es percibida por los grupos federalistas europeos. El lector con curiosidad conocerá los lineamientos del llamado Plan de Estrasburgo (1). Así, eludiremos su comentario. Pero bueno será manejar algunos de los conceptos exployados por la *Campagne européenne de la jeunesse*, bajo el título «Europa y Africa», siguiendo los planes establecidos por el Centro europeo de la Cultura. Tomando tales orientaciones en lo que tienen de testimonio, indubitable e indubitado, de las preocupaciones europeas conexas a las cuestiones africanas.

En primer lugar se trata de saber si la emancipación gradual de Africa se hará contra Europa o con ella, a sus expensas o a su iniciativa y fuera del sistema colonial, «condenado por la evolución y por la Carta de la O. N. U.». Hay una circunstancia a anotar: la lección de Asia. Bien se ve que, desde la pasada guerra, el Continente asiático ha sacudido la tutela occidental. Con dos particularidades a resaltar: la insuficiencia de la resistencia militar para mantener la presencia europea; en este sentido, Holanda se ha visto obligada a conceder la independencia a Indonesia en 1948; Francia es tenida en

(1) La Asamblea Consultiva del Consejo de Europa ha preconizado el establecimiento de vínculos económicos más estrechos entre los países miembros del Consejo y los territorios de ultramar ligados constitucionalmente a aquéllos. Vid. las proposiciones adoptadas en la «brochure» del Consejo de Europa, *Le Plan de Strasbourg*.

jaque en Indochina desde 1946, con un presupuesto de guerra de 500 mil millones de francos y un saldo humano de 30.000 muertos; y Gran Bretaña conoce dificultades en Malasia. En revancha, Inglaterra, al otorgar la independencia a la India y al Pakistán, ha podido mantener a estos países en la órbita de la *Commonwealth*, y, de esta suerte, conserva una gran parte de sus intereses (en 1948, el 70 por 100 de los capitales invertidos en las Indias era británico), una gran influencia cultural y aun un influjo político. Sentados estos hechos, fácil es llegar a esta conclusión: si Europa quiere definir su actitud frente a Africa ha de tener presente que el mantenimiento por la fuerza del sistema colonial lleva el riesgo de secesión; y que, por otro lado, una asociación del tipo *Commonwealth* no es posible más que tomando la delantera en una política preocupada de las aspiraciones de los pueblos. Pues bien; admitida la importancia de Africa para Europa, no estará de más señalar la presencia europea en el espacio africano.

	Habitantes en general	Habitantes blancos	% del elemento blanco (*)
Territorios británicos. ....	51.700.000	120.000	0,23
Territorios franceses.....	36.200.000	1.650.000	4,5
Territorios belgas.....	13.430.000	31.000	0,23
Territorios portugueses.....	8 850.000	88.000	1
Territorios italianos (**). ....	2.425.000	152.000	6,2
Territorios españoles. ....	1.000.000	65 000	6,5
Africa del Sur y del S. O.....	7.700.000	2 000.000	26
Egipto. ....	16.770.000	21.000	0,12
Etiopía. ....	8.500.000	23.000	0,27
Liberia.....	1.985.000	15.000	0,7
<i>Total</i> .....	148.560.000	4.165.000	2,8

(\*) Datos de la publicación «Europe et Afrique».

(\*\*) Con inclusión de Libia, ahora independiente.

Pues bien; puede ya insinuarse el aspecto de los intereses europeos en el Continente africano. Primeramente: una preponderancia económica derivada de las circunstancias del sistema colonial (conquistas, ocupación militar, gobierno directo o indirecto, instalación de sociedades, etc.). Salvo Etiopía, Liberia, la Unión Sudafricana, Egipto y, muy recientemente, Libia —Estados independientes—, todos los demás territorios africanos, es decir, la gran mayoría del Continente, están some-

tidos al régimen colonial. Y se comprueba que dichos sectores representan para Europa un inmenso depósito de productos agrícolas y de materias primas, todavía inexploradas en su mayor parte. Es preciso no olvidar que la producción de cromo en Rhodesia del Sur alcanza un 45 por 100 del conjunto mundial; la del cobalto, el 85 por 100; la de vanadio, el 70 por 100; la de radio y uranio, el 96 por 100. Por otra parte, Africa supone para Europa una *salida*, aún poco desenvuelta, para la colocación de los productos manufacturados de toda especie. En efecto; se dan grandes posibilidades de industrialización, con situación favorable a la industria pesada y, sobre todo, a la industria electromecánica y electroquímica. Existen numerosas fuentes de energía natural: por ejemplo, el 40 por 100 de toda la fuerza hidráulica del mundo (teniendo en cuenta que la energía de este tipo en Europa alcanza el 12,5 por 100). Y resulta interesante comprobar lo que es posible realizar en el corazón de Africa con el agua y la fuerza hidráulica organizadas por los europeos: esto se ve en la ciudad modelo de Manono, en el Congo belga.

Parejamente, es de notar el interés estratégico del Continente africano. Desde la segunda guerra mundial, el Africa negra ha sido una de las grandes *plaques tournantes* en las líneas de abastecimiento del esfuerzo de guerra aliado. El frente de Libia y, parcialmente, el frente ruso han sido alimentados directamente por América a través de los transportes aéreos de la línea Brasil-A. O. F.-Sudán, continuada hasta el Irán.

Es evidente que el Africa musulmana forma entre Europa y el Africa negra una zona de paso indispensable; su hostilidad hacia Europa occidental, en una nueva lucha, agravaría seriamente todos los problemas de comunicación. Ahora bien, como ha dicho Julian Amery, diputado conservador (*Daily Telegraph*, 22-1-1952): «La gran masa de los africanos vive en una alegre ignorancia de los grandes problemas que se discuten sobre su cabeza.» No obstante, ya se conocen las aspiraciones y necesidades africanas: recuérdese el papel de los movimientos que se han formado casi por doquier. Y en 1948 se fundó en París, a iniciativa del Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, el Congreso de los pueblos contra el imperialismo, comprendiendo la casi totalidad de los grupos que aspiran a la autonomía política africana; con una salvedad: a excepción de las organizaciones comunistas.

Empero, todos los territorios africanos no están al mismo estadio de evolución. Así, los países de vieja civilización islámica (África del Norte), independientes durante siglos, desean serlo de nuevo, bien inmediatamente, bien por grados. Otras zonas menos evolucionadas piden su independencia dentro de la *Commonwealth* (Costa de Oro, Nigeria). Finalmente, otras zonas presentan reivindicaciones en pro del establecimiento de Asambleas locales con poderes ampliados, pero con una voluntad de autonomía progresiva.

De una manera general, todos los países africanos piden la concesión de derechos democráticos normales, con las libertades y los derechos del hombre. Sin embargo, tales aspiraciones no pueden ser satisfechas más que por etapas. Ya que surgen evidencias que es preciso no desdeñar: por ejemplo, el nacionalismo indígena sirve de pretexto, a veces, a las minorías feudales. No es éste, sin embargo, el menor peligro. Bien se ha de tener en cuenta que ayudar a hacer triunfar el nacionalismo, «en un momento de quiebra en Europa», constituiría un error histórico. Efectivamente, el establecimiento de un mosaico de naciones africanas soberanas es susceptible de representar una causa de disensión (son una prueba las reivindicaciones de Egipto sobre el Sudán; de África del Sur sobre los llamados «protektorados») y de regresión social y técnica (aquí se aduce que algunos países recaerían en el estado de desorden y abandono en que se hallaban antes de la presencia europea). En consecuencia, aparece la necesidad de disponer a los africanos para la práctica de la libertad y de prepararlos en el ejercicio de la federación; primero, entre ellos; después con Europa.

Mas hay urgencias ineludibles. En este camino se inserta el asunto de las necesidades económicas y sociales, naturalmente. El nivel de vida de la población africana, principalmente agrícola, es muy bajo. Se aduce que la renta anual media por habitante es de 75 dólares, mientras que la de América del Norte asciende a 1.100, y la de Europa representa unos 380 dólares. Y en esta coyuntura, las grandes líneas de un programa de impulsión, bajo la ayuda de Europa, pueden concretarse sobre estos cuatro puntos: 1.º *Asistencia técnica*. El carácter de Continente insuficientemente desenvuelto se debe a la falta de mano de obra calificada, a la carencia de técnicos y a la escasez de medios modernos (máquinas industriales, agrícolas, abonos, etcétera). 2.º *Lucha contra las enfermedades*. Se citan, en particular, la

malaria, la disentería, la tuberculosis. Sin subrayar que la mortalidad infantil es muy elevada. 3.º *Lucha contra el analfabetismo*. Indicaremos que Africa cuenta con una media de 80 a 90 por 100 de analfabetos. Se siente la insuficiencia del esfuerzo escolar, aun en Africa del Norte. Con ello, la precisión de la *educación de base* es una cosa natural; y 4.º *La reforma agraria*. Observemos que los europeos, en la casi generalidad de los países, se han apropiado de las mejores tierras. Aportemos testimonios. En Túnez, 500.000 indígenas explotan un millón de hectáreas, y unos millares (cinco a seis) de colonos trabajan unas 500.000 hectáreas. Tomando una visión de este aspecto actual, advirtamos que en Keña se ha pedido una distribución de las tierras más equitativa.

Ahora bien; todo este esfuerzo —enorme, a nuestro entender— supone medios considerables (desde el Punto Cuarto a la Asistencia técnica de la O. N. U.) y una política concertada de las potencias coloniales europeas. Y si ciertos matices de los negocios africanos han sido objeto de la atención de conversaciones internacionales, su alcance debe ser ensanchado.

Mas atendamos también a los *agravios* africanos, que adoptan variedad de formas: prohibición del derecho sindical (en Marruecos, en Africa del Sur); insuficiencia de la libertad de las elecciones, debida a presiones administrativas (en Argelia); tendencias raciales (en las Rhodesias); medidas discriminativas —pasaportes interiores, distritos separados, prohibición de matrimonios interraciales, etc.— (Africa del Sur); represión (en Uganda, la disolución, en 1949, de la *Union de los «farmers»*, que competía con los colonos; 60.000 muertos en Madagascar, en 1947).

Complétanse las líneas precedentes con los preceptos en torno a la solución de los asuntos africanos a través de la cooperación Europa-Africa. Pero se entiende que, por un lado, la política europea tiende a mantener el *statu quo* colonial, y, por otro, la escuela de Europa hace sus adeptos: el despertar de la masa africana a las ideas de autonomía, de democracia, de progreso social. Del mismo modo, recibe atención la *mauvaise conscience de l'Europe*: Europa, reconociendo los principios de democracia y de autonomía en sus Constituciones, los contrarresta en su política. Siendo urgente una nueva actitud. Pues no se olviden los peligros del mantenimiento de la presente situación. En el interior nos arriesgamos a tener que enfren-

tarnos con un nacionalismo europeo represivo (el ejemplo de Malan es de por sí suficiente) y con un nacionalismo africano agresivo (tal el del líder Nkrumah, del Partido popular de la Convención de Costa de Oro). Y, desde el exterior, se teme el papel de las dos superpotencias rivales: Estados Unidos y Rusia. Norteamérica, con su tradicional anticolonialismo, aparece a las élites indígenas como mejor pertrechada que Europa para una ayuda técnica y económica. Reduciendo las cosas a su última abreviatura, diremos que arraiga un convencimiento: únicamente razones de solidaridad estratégica con las potencias coloniales retardan la acción estadounidense, ya iniciada en el plan financiero. No hace falta repetir que la U. R. S. S. ha puesto su actividad anticolonialista en el primer plano de la labor de la Kominform. Todo anhelo reivindicador de los pueblos «dependientes» halla el apoyo soviético.

Así, pues, se trata de conseguir una conducta europea positiva, a fin de asegurar la permanencia —económica, social y cultural— de Europa y la presencia activa de las minorías europeas. Y esto implica que nuestro pensamiento plantee a nuestra acción una serie de interrogantes. Justamente; la desconfianza de los africanos respecto al sistema de asociación, pantalla del antiguo entramado colonial, conduce a la exigencia siguiente: un complejo armónico debe acarrear el derecho de libre determinación (se trae el ejemplo del Pakistán y de la India, en la *Commonwealth*). Todavía más: se llega a la aceptación de un verdadero federalismo para la constitución futura de los Estados Unidos de Europa y de Africa. Y estos proyectos han atraído la adhesión del *Congrès des Peuples*.

\* \* \*

Pues bien; ampliando un poco nuestra indagación, vemos que se da un hecho harto claro, preciso y significativo: la notoria insuficiencia del presente entramado europeo. Se alude a la poderosa influencia de los Estados Unidos en las organizaciones en pos de la unión de la *Europa libre* (2). Algunos intentos unificadores de Europa reciben críticas agudas. Y no sólo por parte soviética (Vid., por ejemplo, a

(2) Vid. JOSEF L. KUNZ: *Supra-National Organs*, «The American Journal of International Law», octubre 1952, pág. 691.

Lavergne, en *La chimère de «l'Europe Unie»* (3), contra la C. E. C. A. y la C. E. D.). En una ruta más ponderada, Raymond Aron afirma que la federación no es una panacea (4). El problema de Europa es el problema del dólar.

Tales realidades originan interpretaciones distintas, dando resultado a soluciones variadas. Para unos, la solución está en un Gobierno mundial de los llamados pueblos libres (a partir de la idea, exployada por C. K. Streit, de una Federación Atlántica). Otros dan su apoyo a una urdimbre federal Europa-Africa. Aunque también los «atlánticos» enfoquen el problema de los pueblos dependientes (5).

Estudiar ampliamente, a la vez, todos estos asuntos sería osadía por nuestra parte, dado el carácter de esta breve nota. Para el sentido de la presente exposición, juzgue el lector a la vista de algunas exigencias de nuestro tiempo. Por de pronto, se sabe que Africa resulta el más atrasado Continente del mundo. Su desenvolvimiento ha sido retrasado por dificultades climatológicas y geográficas, diferencias raciales y lingüísticas y particiones arbitrarias y políticas de las potencias imperiales. Sin embargo, está claro que la última solución de los variados y complejos problemas de Africa solamente puede ser fundada a través de los Estados Unidos de Africa. Pues, a despecho de las diferencias económicas, políticas, sociales y religiosas, constantemente recalçadas, los problemas, por todo el Continente, son, fundamentalmente, los mismos. Así lo hemos leído en *Common Cause*. Semejantes principios justifican orientaciones reguladoras. El 14 de agosto de 1950 fué introducida, por R. W. Macay (6), en la Asamblea de Estrasburgo, una resolución pidiendo una Asamblea Constituyente para el Africa, a fin de llegar a la formación de una libre e igual asociación entre una Europa unida y una unida Africa. El llamado Plan de Estrasburgo da pie a una nutridísima bibliografía en las revistas y periódicos (7). De un modo o de otro, se hace imperativa la reconstruc-

---

(3) París, 1952.

(4) *Problems of European Integration*, «Lloyds Bank Review», abril 1953, página 16.

(5) Vid. C. K. STREIT: *Union Now*, 1949, págs. 141-142.

(6) V. A *United States of Africa*, «Common Cause», octubre 1950, páginas 162-166.

(7) Cons., como prueba: RENE FOCH: *Intégration européenne et territoires d'Outre-Mer. Le «Plan de Strasbourg»*, «Droit Social», marzo 1953, páginas 134-139.—I. *Eurafrrique se fera-t-elle?* «Climats», número especial, 23-30

ción de los elementos paradójicamente dispersados. Acuden, por doquier, argumentos favorables.

He aquí las indicaciones de Senghor (8): 1.<sup>a</sup> Los países de Ultramar liberarán a Europa de la pesadilla de los dólares. 2.<sup>a</sup> Los países ultramarinos suministrarán, pagados en dólares, los productos agrícolas y las materias primas primordiales de los que Europa tiene necesidad vital. 3.<sup>a</sup> No se olvide que Africa es uno de los Continentes más ricos en recursos del subsuelo, y el 83 por 100 de sus habitantes tiene vínculos constitucionales con Europa. 4.<sup>a</sup> Africa produce ahora el 23 por 100 del manganeso del mundo entero, el 45 por 100 del cromo, el 70 por 100 del vanadio, el 85 por 100 del cobalto y el 90 por 100 del uranio y del radio. Y Senghor desenvuelve su idea de este modo: Africa debe ser industrializada a fin de que haya poder para utilizar sus fuerzas naturales, a fin de compensar la insuficiencia numérica de su población. En consecuencia, las nuevas industrias serán muy diferentes. En Asia habrá, principalmente, industrias de transformación y de bienes de consumo; en Africa se hallará, primordialmente, industria pesada, y muy particularmente la industria electromecánica y la industria electroquímica. Y, en apoyo de su tesis, sostiene que Africa dispone de más energía natural que cualquier otro Continente, aunque no disfruta de mano de obra suficiente; con otra particularidad: estas obras podrían ser realizadas mejor en el Congo que sobre las riberas del Rin, por ejemplo.

En Francia se ha señalado la necesidad de que sea el conjunto de la República francesa, y no solamente la Francia metropolitana, el que entre en el seno de una Comunidad política europea. Téngase en cuenta que en otros países parece manifestarse otra actitud; así, Bél-

---

enero 1953.—*Il Piano Economico di Strasburgo*, «Esteril», 15 enero 1953, páginas 16 y 18. — *Der Strassburg Plan*, «Europa Archiv», 5 enero 1953, págs. 5398-5401. R. MOREUX: *L'intégration des territoires d'Outre-Mer dans la confédération européenne...*, «Marchés Coloniaux du Monde», 1.º noviembre 1952, páginas 2785-2786.—J. SEMLER: *Le Plan de Strasbourg*, «Nouvelle Revue de l'Economie Contemporaine», noviembre 1952, págs. 1-3.—*Le Plan de Strasbourg: Créer une troisième zone économique entre le bloc soviétique et les Etats-Unis*, «Le Monde économique et financier», 28 septiembre 1952, pág. 1.

(8) V. «Nouvelles de l'Europe», septiembre-octubre 1952, págs. 28-29.

También cabe aludir a SÉDAR SENGHOR: *Le problème eurafricain*, «Le Monde», 26 agosto 1950, pág. 4. Asimismo: «Le Monde», 15 agosto 1950, página 3; 16 agosto 1950, pág. 3; «Le Figaro», 17 agosto 1950, pág. 7, cs. 7 y 8.

gica, que no piensa en integrar el Congo. Y, en suma, como hemos visto en *Jeune Europe*: o bien Africa seguirá el destino de Europa en una Comunidad política única, establecida sobre las bases de la igualdad, o bien, rehusando integrar los territorios de Ultramar, Europa perderá todos sus intereses en Africa, y no será más que la *pequeña península de Asia*, con frecuencia evocada, y sometida a todo el peso que este inmenso Continente representa.

Estos pensamientos corresponden nítidamente a los impulsos comunes del europeo consciente, en general. Ahora bien: otras propensiones se orientan espontáneamente en dirección a otros derroteros. El desenvolvimiento de los territorios de Ultramar importa mucho, no sólo desde el punto de vista económico, sino desde el punto de vista político. Nada favorece más al comunismo que una política de segregación racial, como en Africa del Sur. Esta era la postura de Lannung (9), de Dinamarca, en el Consejo de Europa. Y este orador advertía claramente: «la suerte de la democracia se juega en Africa, en la medida en que, para millones de indígenas, el comunismo puede aparecer como la única esperanza de liberación». «Si no se quiere que Africa se cierre a la influencia europea, no es preciso esperar para actuar. Europa ha perdido la batalla de Asia: este fracaso debe servirle de lección. Que ella se una, pues, para ganar la batalla del Africa.»

Afloran las razones. Existe una Eurasia, cimentada por el comunismo autocrático del Kremlin. El espacio europeo, todavía embrionario, gira en busca de un punto de equilibrio. Por el Pacto Atlántico se ha constituido una zona estratégica claramente definida. Pero la lógica extrema del sistema atlántico querría que su afirmación se llevara a cabo a expensas de Europa. El Continente europeo tiene que evitar ser reducido a jugar el papel de *glacis* americano. Tanto geográfica como económicamente debe constituir con Africa una entidad autónoma propia. Y Africa es complemento natural indispensable de Europa, si el Occidente decide liberarse de una tutela económica, que, quiérase o no reconocer, supone una merma de su autonomía política. Africa indispensable a Europa: por su proximidad, por su significado de complemento estratégico, por su valor complementario económico... Europa indispensable para el progreso social y económico

(9) V. «Nouvelles de L'Europe», septiembre-octubre 1952, pág. 28.

del Continente negro... He ahí, en lo que precede, los lineamientos del pensar de Jean-Pierre Gouzy (10).

De igual manera, en el sentir de Robert Mangin, el Africa aparece ligada a Europa hasta el punto de estar en su mayor parte orgánicamente integrada. Esta integración resulta de una situación de hecho que no se puede trastornar bruscamente, ni en el interés de Africa ni en el de Europa. Ahora bien; la integración de Africa en Europa puede ser enfocada como una solución transitoria, en espera de la constitución de una o de varias federaciones específicamente africanas. Además, en todo caso, las solidaridades naturales entre Africa y Europa son tales que, aun en el término de su evolución, Africa deberá conservar con Europa lazos más estrechos que con los otros grupos de regiones del mundo. Pensemos, con André de la Far (11), que cuando se pesan todos los elementos actuales de la política mundial, no parece posible concebir una Europa sin Africa, como tampoco un Africa sin Europa. Estratégica, económica, social y culturalmente, nuestros dos Continentes, que el Mediterráneo une mucho más que separa, no pueden vivir el uno sin el otro.

Pero no es esto todo. Consideremos la tesis de Diop Ousmané Socé (12). De Argen al Cabo de Buena Esperanza, pasando por el Congo, de Dakar a Kenya, el Continente africano es una proyección de Europa, proyección aumentada, pero perfectamente homóloga desde el punto de vista político, económico y social. Las antedichas palabras hallan su adecuado complemento en estas otras manifestaciones: «Hay interdependencias entre Europa y Africa: la guerra o la paz en Europa, es la guerra o la paz en Africa. Es lo mismo para la prosperidad o la miseria». Y, prescindiendo de otros detalles, citemos las argumentaciones de Paolo d'Agostino Orsini di Camerota (13). Sólo la unidad es capaz de detener la decadencia de Europa, sólo es capaz

---

(10) *L'Eurafrique est-elle possible?* «Fédération», enero 1950, págs. 45-46.

(11) *L'Europe et l'Afrique*, «Le Bulletin Fédéraliste», núm. 12 (1949), página 2, c. 1.

(12) Idem, not. ant., p. 1.

(13) *Europe-Afrique, Une Forme Mondiale*, «La Revue Coloniale Belge», 15 diciembre 1951, núm. 149, pág. 929.

M. E. GUERNIER habló en Francia en 1933 de *Afrique, champ d'expansion de l'Europe*. El profesor PAOLO D'AGOSTINO ORSINI DI CAMEROTA sostuvo en 1934 la idea de Eurafrica (*l'Africa per l'Europa, l'Europa per l'Africa*).

de asegurar un papel al Africa, pues Europa no está en concurrencia con el Continente africano, sino al contrario. Sus concurrentes directos son América y Asia; al lado de estos Continentes *mâitres*, Africa tendría únicamente un papel servicial, mientras que frente a Europa estaría en la posición de la solidaridad y la cooperación: gozaría de la función de asociado en un fin común y recíproco: el progreso euroafricano. Y asegúrase que sus productos no faltan ni a los países americanos ni a las naciones asiáticas, mientras que, por el contrario, vienen siendo suministrados a Europa para su alimentación y para su industria... Realmente, la vieja fórmula «Africa para Europa, Europa para Africa» y la fórmula de hoy «Europa-Africa, tercera fuerza mundial» son la base de muchos pensamientos. Créese que hay posibilidad de reservar a Euroáfrica un cometido independiente entre los países de América y los pueblos asiáticos, una función central de equilibrio. Esta fuerza posee medios humanos y económicos, disfruta de reservas y de disponibilidades sin límites, goza de un prestigio universal —gracias a la participación de Europa y de sus antiguos pueblos—, tiene un porvenir magnífico —asegurado por la participación africana—. Y llegados a este punto fíjese cómo se estima que ni las naciones musulmanas ni los pueblos americanos de origen español y portugués están en condiciones de realizar una tercera fuerza, a causa de su debilidad personal, de su imposibilidad de acción y de los medios demasiado restringidos que tienen a su disposición...

\* \* \*

Lo cierto es que, como afirma Paul Struye (14), *l'ère du colonialisme est révolue*. Sin duda. Para Pierre Wigny, el colonialismo a la moda antigua está superado. Por otro lado, cabe decir, con expresiones harto generalizadas, que las naciones no pueden subsistir más que en cuadro continental o intercontinental. Ello nos induce a señalar la precisión de encontrar, en este proceso, alguna cosa nueva. Y si no conseguimos rejuvenecer y armonizar el ritmo de estas certidumbres, un heredero ruso está a punto de recoger la sucesión.

---

(14) V. *L'Europe de Strasbourg*, «Société Belge d'Etudes et d'Expansion. Bulletin Bimestriel», núm. 143, noviembre-diciembre 1950, pág. 881.

Arribados aquí, conviene mencionar la postura norteamericana. Los Estados Unidos, que han abordado valientemente el problema europeo están todavía vacilantes en lo que concierne a las regiones subdesarrolladas (15). En efecto, los americanos no piensan sino en reconciliar a alemanes y franceses en unos Estados Unidos de Europa, únicos susceptibles de asegurar la prosperidad en la paz y la seguridad en la guerra. Pero Europa no puede vivir sin Africa, ni ésta sin la fábrica y el laboratorio europeos. Hemos extraído estos asertos de la *Revue Générale Belge*. Mas hay oportunidad de insistir sobre otros casos.

Además, siempre hay margen para acudir a otras observaciones. Ya el gobernador Van Vollenhoven (16) había previsto la necesidad de un estatuto colonial internacional, que daría lugar a federaciones de un tipo nuevo. Estas serían un poco más que una unión aduanera y un poco menos que una confederación política. Y hacía subordinar estas estructuras al respeto de las naciones interesadas, limitándolas a la obligación del desenvolvimiento armonioso de la agricultura, la industria y el comercio de cada parte contratante. No obstante, salgamos al paso de un lirismo y de un optimismo exagerados. Advertamos, con Gouzy, que el Africa no es un Continente fácil. No es el momento de insistir sobre los obstáculos: de la *latérite* a las costas poco accesibles, pasando por la mortalidad elevada, la ignorancia y la falta de mano de obra. Con todo lo dicho, no hará falta acentuar enérgicamente el valor de las advertencias que siguen a continuación: «no se puede tratar a los territorios africanos como vulgares productores de géneros alimenticios y de materias primas para la industria del Occidente, ni tampoco como clientes obligatorios de esta misma industria. Los territorios africanos deben seguir su propio destino...». Efectivamente. «El equipamiento de Africa debe conducir a sus habitantes a beneficiarse los primeros. Un mejoramiento de sus condiciones de vida, de su formación intelectual y técnica debe hacer de ellos no perpetuos «asistidos» menores, sino asociados valiosos y felices.» El proceso de regeneración no ha de ignorar ciertos límites. Pues bien, para que la integración Africa-

---

(15) V. PIERRE WIGNY: *Les Etats Unis et le Congo*, «Revue Générale Belge», mayo 1952, pág. 146.

(16) V. en «Le Monde» de 17 de julio de 1953 (pág. 7. cs. 1 y 2) el artículo de ROBERT DELAVIGNETTE.

Europa sea fructífera debe tener presentes ciertas evidencias: 1.<sup>a</sup> Los objetivos de una eventual comunidad política europea han de englobar las ideas de evolución, de asociación entre Europa y África. 2.<sup>a</sup> Las medidas tomadas por la comunidad podrán ser objeto de disposiciones particulares propias de ultramar. Y en las proposiciones de Mackay se leía: «Creemos que los pueblos de África cooperarán con los pueblos de Europa sobre bases de igualdad, a despecho de las sospechas y hostilidades engendradas por el colonialismo. La perspectiva de una independiente y unida África, cooperando con una Europa unida, puede parecer utópico a los políticos prácticos, pero creemos que es necesario ante la aversión a la guerra...»

Este modo de explicar la significación de las relaciones europeo-africanas nos lleva a admitir que *Euroafrica es una empresa esencialmente federalista*. Y, en esta trayectoria, es en el seno de las comunidades tradicionales como debe desenvolverse cada grupo étnico africano, para emanciparse realmente. Se dice: que cada raza conozca el máximo de autonomía, que cada grupo vea respetar sus tradiciones, y que encuentre en ellas su mejor forma de vida. Aquí haría falta indagar el fundamento, verdadero o falso, de estos juicios. La realidad es que la transposición a África de las costumbres electorales y políticas del Occidente ha resultado maléfica. Pues bien: Diop Ousmana Socé nos da su opinión: «Es urgente e importante estudiar la trabazón y la coordinación entre Europa y África. Esta conexión deberá hacerse en el respeto de las libertades nacientes, en la toma de conciencia de las diversidades africanas y en la unión, para un bien común y una paz común.

Una cosa es cierta: no podemos tener la esperanza de crear un orden pacífico, si no estamos prontos, en hechos y no sólo en palabras, a abandonar ventajas y privilegios nacionales en el gobierno de los territorios habitados por poblaciones menos desenvueltas, y a hacer participar a los pueblos de otros países en la acción común. Así piensa Norman Bentwich (17). He aquí, pues, la función peculiar del espíritu, frente a los contenidos materialistas. De este modo, el criterio de juicio para un sistema federal de administración africana debe ser su capacidad para educar a los indígenas en el autogobierno, recono-

---

(17) Cons. *Il problema coloniale e la soluzione federale*, en *Federazione Europea*, «La Nuova Italia», Florencia, 1.<sup>o</sup> edición, octubre de 1948, pág. 281.

ciendo el hecho de que las colonias no son «posesiones» de las potencias gobernantes, sino que pertenecen a sus propios pueblos. Y estas directrices no son únicas. Quirino Maffi (18) encuentra que para realizar una forma de colaboración con poder para garantizar un desarrollo político y económico de Africa, en un sentido euroafricano, es necesario que puedan existir las condiciones siguientes: 1.<sup>a</sup> Que sin llevar prejuicios al poder de cada nación europea en los territorios africanos respectivos, toda soberanía sea considerada como el mandato colectivo de una civilización superior (Europa) al servicio de un Continente retrasado (Africa). 2.<sup>a</sup> Que la política en Africa de las naciones europeas, tanto para la valoración económica como para la determinación de las relaciones con las poblaciones autóctonas, sea definida y coordinada en la sede internacional de las naciones europeas, de Africa del Norte y del Sur que hayan adquirido la capacidad política necesaria. 3.<sup>a</sup> Que la valoración de los territorios africanos no constituya la tarea y el privilegio de cada Estado europeo en su propia esfera de control, sino la tarea y el privilegio colectivos de Europa entera. 4.<sup>a</sup> Que en la sede internacional sea sancionada y favorecida la creación de Estados africanos verdaderamente independientes y viables, capaces de vida autónoma. 5.<sup>a</sup> Que las etapas y la evolución de los pueblos africanos sean conformes a su naturaleza y a su origen; y que no se pretenda aplicar artificiosamente a estos pueblos los métodos europeos, cuya validez no es universal ciertamente... 6.<sup>a</sup> Que se favorezca una definitiva emigración blanca a Africa, en relación con la tierra disponible y el desenvolvimiento económico de cada sector, y sin perjudicar los derechos y los intereses de los indígenas, sino al contrario: en interés común.

\* \* \*

Innumerables son las facetas que brotan del núcleo de estas proposiciones generales. Se comprende fácilmente que delinear las derivaciones específicas resulta más difícil. Sabemos que no basta elaborar conceptos capaces de penetrar en el sentir y en el intelecto de los hombres. Aparecen finísimos matices que postulan una exacta definición: del factor tiempo — ¿obra de una generación? — a las razones religiosas

---

(18) V. «La Revue Coloniale Belge», 15 diciembre 1951, págs. 925-926.

y culturales... Y, para André de la Far, una de las dificultades de la cooperación europeo-africana reside, sin duda, en las diferencias de concepción, respecto a los territorios de Ultramar, que existen entre Londres y París, sin hablar de Bruselas o de Lisboa. El complejo de aprensiones se plantea con toda intensidad. Así, se ha dicho: Es insostenible pretender que las potencias colonizadoras europeas podrían ser inducidas a abandonar sus soberanías responsables en provecho de una quimérica soberanía internacional superior (19). Ciertamente, es preciso tener en cuenta la inteligencia de los indígenas y, a medida de su madurez, integrarlos en la sociedad colonial.

Pero, a pesar de ello, no se tomen estas palpables singularidades federalistas como contrapolo, ingenuo e inefable, de la realidad. Destácase el valor estratégico innegable del Continente africano. Leemos escritos sobre el desenvolvimiento planificado de Africa. Trasciende, a veces, el sentimiento de solidaridad de las poblaciones africanas de color.

En resumen: la emancipación de Africa es inevitable, tarde o pronto. En ocasiones se vislumbra cómo se acelera su evolución. En estas circunstancias es necesario conseguir que la nueva trayectoria se haga en colaboración con Europa, evitando que sea demasiado tarde. Sin duda, todo el mundo conoce que Africa es de una importancia esencial para Europa, en razón de su proximidad y de sus recursos. Con ello, la orientación de una política europea, sincera y constructiva, debe proceder, por etapas, a dar a los africanos las libertades normales, a ayudarles en el ejercicio de éstas, a elevar su nivel de vida y a preparar las Federaciones africanas regionales que, con el tiempo, puedan encontrar su lugar en una Federación Europa-Africa, basada en la igualdad de los derechos y de los deberes. Y tan cierto es todo esto que la misión de los europeos de Africa ha de abarcar múltiples facetas: comprender que la subsistencia de los privilegios de los blancos compromete su porvenir; sustituir la débil seguridad de la fuerza por la de la cooperación y la de la amistad; seguir los ejemplos de los grandes europeos que han sabido conquistar el corazón de los pueblos *dependientes*: Schoelcher, campeón de la abolición de la es-

---

(19) Vid. Congreso Internacional en Bruselas del 8 al 10 de diciembre de 1951 sobre el tema *El problema colonial ante la opinión pública*, «La Revue Coloniale Belge», núm. 149, 15 diciembre 1951, pág. 926, c. 2.

clavitud; Savorgnan de Brazza, explorador francés; Lord Mountbatten, artífice de la independencia de la India; el doctor A. Schweitzer, médico de los negros del Africa Central...

\* \* \*

Y por encima de violencias político-sociales y de necesidades económicas, que serpentean a través de la presente evolución africana, hondas urgencias indiscutibles han de hacer evidente la necesidad de forjar una mística mantenedora de un amplio entendimiento euro-africano, un símbolo eficaz de que el Occidente tomaba conciencia de sí mismo. Dimensión de largo alcance. (Pues no se niegue lo que filósofos y juristas han destacado: la crisis de la civilización cristiana occidental) (20). Y habrá que añadir cuánto celebraríamos comprobar la plasmación de tal trueque de conducta en realizaciones de ese estilo armonizador, aun por medio de gestos limitados y parciales, aunque efectivos. ¡Vana esperanza!, dirán algunos. Otros exclamarán: ¡No, no es verosímil tal tarea! Nosotros, en nuestra fe, nos limitaremos a confiar con prudencia...

L. LERUGAR

---

(20) V. JOSEF L. KUNZ: *The United Nations and the Rule of Law*, «The American Journal of International Law», julio 1952, pág. 504.—Vid. también el estudio del libanés CHARLES MALIK: *War and Peace*, «The N. C. for F. E.», Nueva York, 1950.